



TEATRO

El primer peronismo en dos espectáculos admirables

Página 3



LUIS SOTO

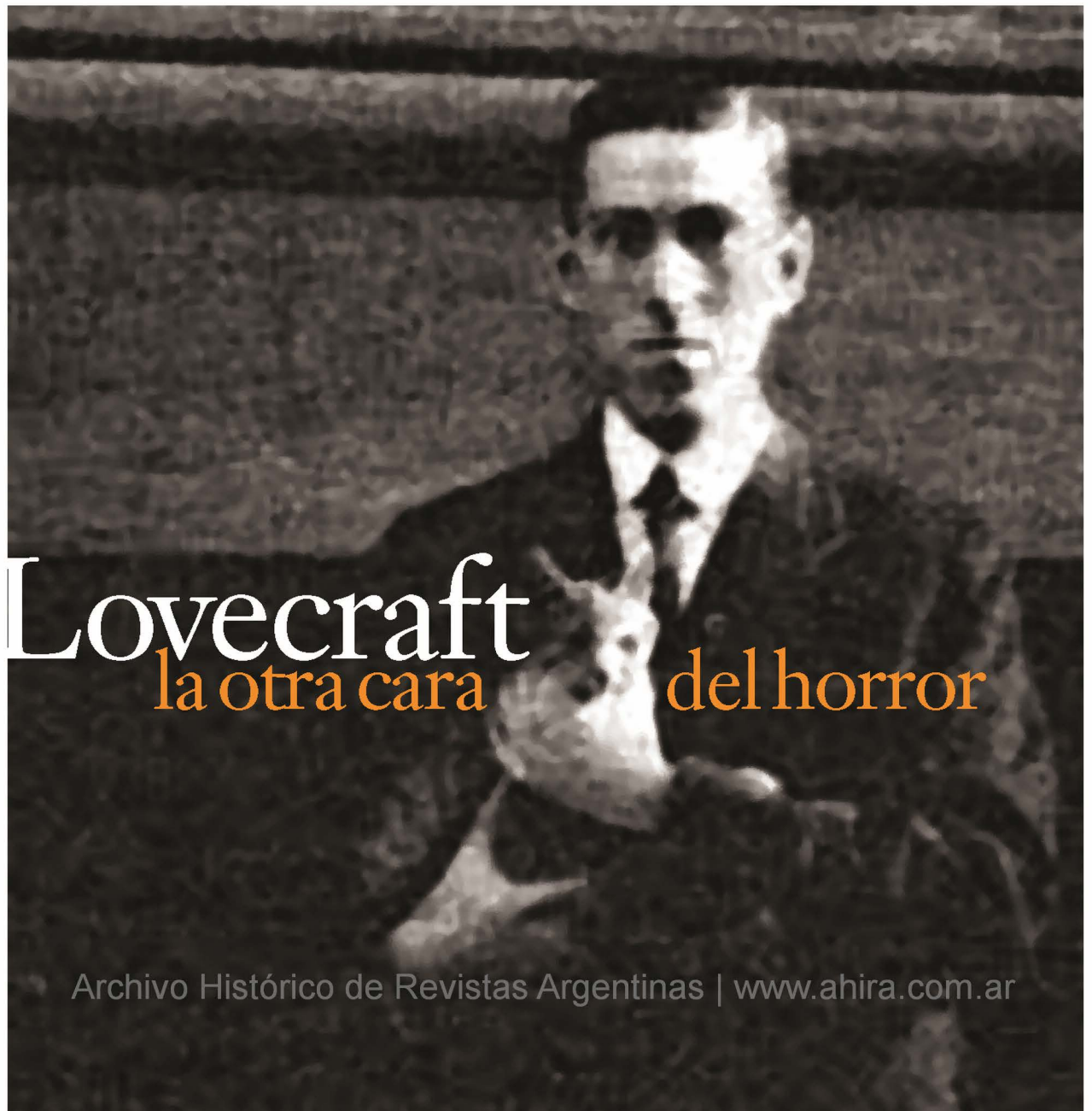
Polonesa levemente heroica

Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 1 | NÚMERO 51 | JUEVES 22 DE NOVIEMBRE DE 2012



Lovecraft

la otra cara del horror

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Fantasmas de animales, la ópera prima de Ezequiel Naya, traduce en más de una docena de cuentos la cotidianidad devenida en sorpresa, con un trasfondo en donde el tiempo juega con la muerte, la paranoia, lo onírico y lo siniestro. Algunos relatos breves y otros más largos despliegan una variedad de temáticas que conmueven al lector. Es que, acaso sin proponérselo, Naya narra desde la síntesis y la

sencillez la alienación humana, el cinismo, la locura del escenario urbano. Redactor creativo de publicidad y con una post-productora propia de efectos visuales, Naya ingresó al mundo literario hace no más de dos años, mundo que a partir de su primera publicación forma parte de su vida diaria: "Es de lo que más me ocupo", aseguró a *Télam*.
MILENA HENRICH

Lovecraft

la otra cara del horror



VICENTE BATTISTA

Howard Phillips Lovecraft fue el único hijo de una familia de locos. Esto no debe leerse como una metáfora: Winfield Scott Lovecraft, su padre, murió a los 45 años en un asilo de enfermos mentales; Sarah Susan Phillips, su madre, también terminó sus días en un manicomio.

La mujer se enorgullecía de su noble origen inglés, aseguraba que sus antepasados habían llegado a Massachusetts en 1610, a bordo del Mayflower; con flema británica despreciaba todo lo que fuera americano. Él hizo ciertas las palabras de su madre; si bien había nacido en Providence (Rhode Island, Estados Unidos de América) un 20 de agosto de 1890, jamás se sintió un ciudadano norteamericano. Se consideraba un habitante del siglo XVIII, firmaba sus cartas "H. Lovecraft, Gent., 1698", y se decía súbdito fiel del Imperio Británico. "Todas mis profundas lealtades—escribió—están de parte de la raza y del imperio antes que de lo americano".

Cuando murió su padre, Lovecraft, que sólo tenía ocho años, quedó a cargo de su madre. Neurótica y posesiva, lo sobreprotegió hasta la exageración: con el propósito de que no saliera a la calle y de que no tratara a otros chicos de su edad, lo convenció de que se iban a burlar de su fealdad y de su debilidad. Si bien Howard Phillips no era un niño bonito "alto, desgarbado, ojos saltones, gran mandíbula y voz chillona" estaba lejos de ser ese monstruo

que describía su madre. Pero el obediente Howard Phillips aceptó el consejo de mamá: rara vez salía a la calle durante el día; cuando lo hacía, andaba solitario, eludiendo el contacto de los otros. Desde pequeño eligió la noche por compañía, solía dormirse a la madrugada, seguro de que soñaría historias terribles. En esos sueños experimentaba "una extraña sensación de expectación y de aventura, relacionada con el paisaje, con la arquitectura y con ciertos efectos de las nubes en el cielo". Este goce estético fue, según August Derleht, uno de sus más rigurosos compiladores, el que le impidió suicidarse.

La metódica madre contaba con la ayuda de dos hermanas, Lillian Delora y Annie Emeline. Las tres mujeres se ocuparon de educar al pequeño Howard. Por fortuna, el grupo familiar se completaba con Phillips Whipple Van Buren, el abuelo materno. El hombre poseía una vasta biblioteca y supo alentar a su nieto en la lectura. El chico a los dos años recitaba poesías y a los tres leía de corrido. A los cinco se proclamó ateo y mantuvo esa convicción hasta su muerte. Con el argumento de que era débil de salud, recién a los ocho ingresó a la escuela pública. Dicen que era hosco y solitario, reservado y poco sociable: "Mi odio hacia el animal humano crece a oleadas cuantos más miserables veo", repetía sin descanso.

A los 13 años, influido por las novelas policíacas que leía compulsivamente, fundó la "Agencia de Detectives de Providence", pero la Agencia jamás operó. A los 15 escribió su primer cuento, "La bestia de la cueva", excesivamente gótico, que no disimulaba la in-

fluencia de Lord Dunsany y de Edgar Poe. Siguió escribiendo sin descanso, pero recién a los 33 años publicó en la revista *Weird Tales* su antológico "Dagón", el cuento que de algún modo inaugura el espeluznante universo lovecraftiano. "Todos mis relatos—explicó alguna vez—, por muy distintos que sean entre sí, se basan en la idea central de que antaño nuestro mundo fue poblado por otras razas que, por practicar la magia negra, perdieron sus conquistas y fueron expulsadas, pero viven aún en el Exterior, dispuestas en todo momento a volver a apoderarse de la Tierra".

A partir de esa propuesta, inventó un universo espeluznante y fantástico poblado por criaturas escalofriantes—el Cthulhu (primigenio alienígena encerrado en las profundidades marinas), el Nyarlathotep (mensajero del horrible dios supremo Azathoth), los Profundos (hombres batracios de las profundidades marinas)— que recorren el *Necronomicon*, el Libro Mágico escrito en el siglo VIII por el poeta árabe Adbul Alhazred. Como consecuencia de la fantasía que desatarra, el *Mito de Cthulhu*, de Lovecraft, bien puede compararse con "La Tierra Media", que creara Tolkien. Claro que mientras la obra de Tolkien resulta luminosa, la de Lovecraft necesariamente se hace ominosa.

Como Monsieur Dupin sólo salía de noche, pero a diferencia del personaje creado por Poe, era un ermitaño antisocial que se comunicaba casi exclusivamente por medio de



SOLEIDAD. EL PEQUEÑO HOWARD PHILLIPS ELIGIÓ LA NOCHE Y SUS SUEÑOS TERRIBLES POR COMPAÑÍA.

cartas: escribió cerca de cien mil a lo largo de sus 47 años de vida. Sus cuentos aparecían regularmente en *Weird Tales*; a partir de esa circunstancia se formó "El círculo de Lovecraft", integrado por un grupo de narradores—entre los que se encontraban Robert Bloch, el autor de la novela *Psicosis*, llevada al cine por Hitchcock, y Robert E. Howard, el creador de *Conan, el bárbaro*—, que de manera epistolar compartían ideas y opiniones acerca de los diferentes modos de plantear el terror y la ciencia ficción. Con el nombre de *Los Mitos de Cthulhu* pusieron en marcha un conjunto de relatos de horror cósmico, de mundos de caos y espanto, y le dieron una vuelta de tuerca a lo que se entendía por historias del más allá.

H. P. Lovecraft, el mentor de todo esto, fue un escritor secreto, que no publicó un solo libro en su vida. El mismo año de su muerte, el Federal Writer's Project editó *Rhode Island, a Guide to the Smaller State*. Lovecraft ni siquiera está mencionado. Poco tiempo después se iba a convertir en uno de los narradores más celebrados de los Estados Unidos de América. Hoy se lo ubica entre los grandes maestros de la literatura del horror de todos los tiempos.



“ Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Todos mis relatos se basan en la idea central de que antaño nuestro mundo fue poblado por otras razas que, por practicar la magia negra, perdieron sus conquistas y fueron expulsadas, pero viven aún en el Exterior, dispuestas en todo momento a volver a apoderarse de la Tierra.



LEONARDO OYOLA INICIA SU CAMINO EN LA LITERATURA INFANTIL

Con *Sopapo*, la historia de Tomi, un niño de nueve años que descubre que su papá es un gran maestro ninjía, el escritor Leonardo Oyola da inicio a su trilogía de literatura infantil y juvenil y, sin abandonar su camino en el policial negro, se adentra en el imaginario de los chicos y en las relaciones entre padres e hijos. El relato se centra en Tomi, narrador eterno enamorado de su maestra, Marilina, que en una

situación confesional con su padre descubre algo increíble: él es un maestro ninjía y lo entrenará en el arte milenario del sopapo chino. En su imaginario, Tomi cree que —a fuerza de sopapos, claro— podrá desbancar al novio de su maestra, pero la realidad se va entrometiendo de formas cómicas y es cada vez más imperioso estudiar para pasar a quinto grado.

LETICIA POGORILES

JUEVES 22 DE NOVIEMBRE DE 2012 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3



UNA ACTRIZ, DOS OBRAS. UN GRAN TRABAJO DE MARÍA MERLINO EN *QUÉ ME HAS HECHO*, *VIDA MÍA Y NADA DEL AMOR ME PRODUCE ENVIDIA*, CON DIRECCIÓN DE DIEGO LERNER.

El primer peronismo en dos espectáculos admirables



OSVALDO QUIROGA

No es frecuente que el teatro argentino se ocupe del primer período del peronismo. Menos aún que lo haga desde una perspectiva estética de conmovedora belleza. Y sin embargo es lo que ocurre en la sala porteña La Carpintería (Jean Jaures 858) con dos espectáculos protagonizados por la gran actriz María Merlino y dirigidos por Diego Lerner. Se trata de *Nada del amor me produce envidia* y *Qué me has hecho, vida mía*.

En el primero, una humilde modista de barrio recibe el encargo de hacer el mismo vestido para Eva Perón y Libertad Lamarque, dos conocidas rivales de la época. En *Qué me has hecho, vida mía* la figura central es Fanny Navarro, actriz célebre en su tiempo no sólo por sus cualidades profesionales, sino también por haber sido una de las amantes de Juan Duarte y por haber ocupado algunos lugares relevantes en la política de la época. No hace falta recordar el odio que suscitaba el peronismo

en las clases dominantes, y que lamentablemente lo sigue haciendo. Pero tanto desde la dramaturgia de ambas obras, como desde la dirección, lo que se impone frente al espectador es la sutileza, el medio tono y cierto misterio. De eso se trata el arte, en definitiva.

Nada del amor me produce envidia es un melodrama musical que evoca las cancionistas argentinas de la década del 30. Con dramaturgia de Santiago Loza y dirección de Diego Lerner, la costurera parece un personaje escapado de alguna novela de Roberto Arlt. Es una de esas mujeres de barrio solterona y poco valorada por sí misma a la que, parafraseando el título del espectáculo, todo lo del amor le produce envidia. Sin embargo, y a pesar de ese aislamiento, el acontecimiento ocurre y la muchacha, que vive aislada, va a tener que tomar alguna determinación. ¿Cumplirá con el encargo que le hicieron estas dos mujeres poderosas casi al mismo tiempo? No importa la respuesta. Lo que cuenta aquí es la atmósfera que impregna el espacio escénico. Dirección, interpretación, vestuario, música, escenografía y texto se añan para construir uno de los espectáculos más logrados de la escena porteña. Las letras de las canciones van guiando al espectador

por un mundo en el que no está ausente ni el melodrama ni la política. Una vieja máquina Singer, un maniquí a medio vestir y la pudorosa vestimenta de la protagonista, sumado a algunas delascaciones que interpretaba Libertad Lamarque, dan cuenta de un mundo cargado de significados. María Merlino canta como lo hacía la llamada novia de América. Y allí están “Besos brujos” (“que son una condena de desdicha y dolor”), y no faltan ni “En una tarde gris”, ni “Loca”, tema que también lo cantaba Ada Falcón.

Que me has hecho, vida mía confirma que María Merlino es una de las más portentosas intérpretes de su generación. La obra de Diego Lerner, Marcelo Pirola y la misma Merlino recrea la vida de una mujer cuyo ascenso fue tan vertiginoso como su caída. Quizá la ingenuidad hizo que Fanny Navarro creyera en algún momento de su existencia que lo tenía todo: fama, dinero, amantes y poder político. Pero después de la muerte de Evita y de Juan Duarte la vida se convirtió para ella en una verdadera catástrofe. Ni siquiera Perón la salvó del ostracismo. Y la llamada “libertadora”,

cuando un grupo de asesinos se adueñó del poder, se encargó de crueldades mayores. Un coronel mandó decapitar el cadáver de Juancito para después mostrarle su cabeza a Fanny. La actriz murió con algo más de cincuenta años y con un desequilibrio psíquico cercano a la locura.

En el escenario de La Carpintería Joaquín Segade acompaña a María Merlino como aquellos creadores de efectos especiales de los radio teatro que por fortuna todavía perduran, aunque lamentablemente ya quedan muy pocos. Valiéndose de esa estética que combina la inolvidable actuación de la actriz con las potentes imágenes del director Diego Lerner, que es también un cineasta de bien ganado prestigio, se recupera un clima de época en el que tiene fuerte presencia el canto y la sonorización visual. No es exagerado afirmar que el equipo integrado por María Merlino y Diego Lerner ha creado una estética referida al primer peronismo. En las artes plásticas lo hizo Daniel Santoro al reparar una iconografía que parecía olvidada. El crítico Raúl Santana lo sintetiza de esta manera: “La primera aproximación al ‘mundo peronista’ de Daniel Santoro, debe pasar por reconocer algunos anteceden-

tes de aquel territorio de la década que propició mitos, leyendas y habladurías, que luego de la caída del gobierno peronista han configurado un imaginario que, hoy por hoy, constituye un laberinto de lecturas con sus correspondientes interpretaciones”.

A esa estética aportan los dos espectáculos de María Merlino: *Nada del amor me produce envidia* y *Que me has hecho, vida mía*. Santoro desde la plástica y Merlino desde el teatro, en ambos creadores hay puntos en común. No es fácil preguntarse por qué aún hoy el peronismo genera tantas pasiones encontradas. Las clases dominantes lo odian de manera visceral. Y no sólo por los privilegios que perdieron. Hay un plus de resentimiento que quizá la ficción puede explicar. Tal vez cierto erotismo intrínseco en todo movimiento popular cause rechazo entre los que se consideran bien pensantes. Mujeres como Eva Perón han resultado insoportables para una sociedad machista. El teatro, el cine y las artes plásticas bucean en esos interrogantes que requieren otra manera de pensar. Y otra manera de pensar a la larga lleva a otra manera de vivir.

UNA HISTORIA INVEROSÍMIL QUE LOGRA ENGANCHAR AL LECTOR

En la novela *El insólito peregrinaje de Harold Fry*, Rachel Joyce le da una vuelta de tuerca al tema del viaje como disparador de un cambio o transformación interior por medio de una historia que aunque inverosímil logra enganchar al lector al hacer visible cómo es posible salir a flote después de una pérdida absoluta. Luego de veinte años de no verla, un hombre recibe una carta de su amiga

Queenie donde le cuenta que está enferma de cáncer y se va a morir, le contesta pero al llegar al buzón sigue caminando y una extraña idea empieza a formarse en su cabeza: más que escribirle tiene que verla, y luego de pasar de largo por la oficina de correos comienza sin darse cuenta una larga travesía.

MORA CORDEU

4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 22 DE NOVIEMBRE DE 2012

DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM: CARLOS ALETTO ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

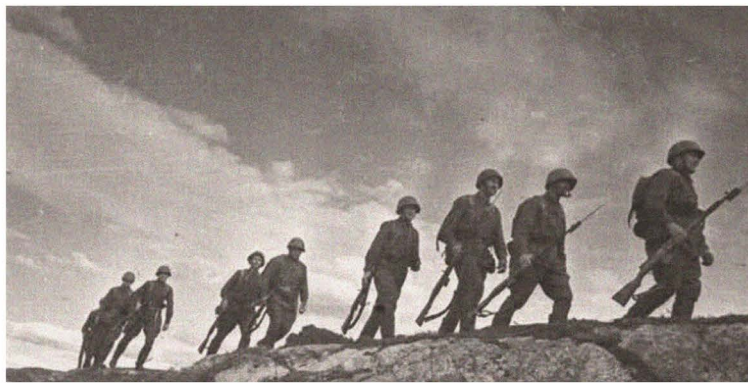
LUIS SOTO

Polonesa levEMENTE heroica

“Otra vez la retirada del ejército de Jan, sinietro 1939”, asocia Andrés Zinkiewicz al entrar al colegio. Un grupo de alumnos marcha lentamente por el patio. Las caras son una muestra de impotencia colectiva. Dan una vuelta, y otra, a paso de percherón mañero, pero sin detenerse. Aunque Andrés quemó todo testimonio de derrota, en su casa no faltan fotos del abuelo Jan. La airosa figura del teniente de caballería asoma trotando en un bosque, fines del verano de aquel 1939, a poco de que Polonia convocara a sus tropas regulares para enfrentarse a los invasores.

Zinkiewicz se acerca a Torres, uno de los caminantes, alumno de su curso de Zoología. “¿Por qué esta marcha de prisioneros?”. “Por cantar en el recreo. Orden del jefe de celadores”. “Sólo por eso no los va a condenar a esta calesita ridícula. ¿Qué cantaban: versos de murga, groserías pornográficas?”, bucea Zinkiewicz. “Estábamos cantando un tema de Spinetta. Vino Muschietti y dijo: ‘todos juntos, no; todos juntos, nada, ¿okay?’. La cuestión no hubiera pasado de ahí, pero Kruk preguntó si había estado de sitio”. Zinkiewicz quiere entrañablemente a este Tadeusz Milos Kruk, una especie de líder ideológico de su división y como él, claro, descendiente de polacos.

“Muschietti se le fue encima a Kruk. ‘Usted me acusa de ser fascista. Dígamelo en la cara’, desafió. Kruk, callado. ‘Insulta y no tiene pelotas’, se mandó Muschietti. Para aflojar la tensión le dije que él siempre habla de consolidar el grupo humano, y bueno, el coro viene a ser un ideal del grupo humano, cuenta Torres. ‘Eso rige únicamente en deportes. Y hay excepciones. La división de ustedes ganó un partido de fútbol. Pero a la hora de estudiar, cada alumno tiene que ganarse su nota. Lo mismo el crack que el arquero’, zafó. Contraataque de Teéme: ‘en Gdansk mi apellido se pronuncia Krak; usted se burla de mí, me discrimina, usando justo



esa palabra foránea’. Vio como habla Teéme. Le salió discggguimina y fogggánea. ‘No sabía, hijo. Jamás me burlo de un alumno’, reculó Muschietti. Hijo, lo llamó. ‘Mi papá dice que hay que alentar las uniones, no prohibirlas. Todos-juntos-nada, es fascismo. Mi papá recuerda a la policía brava los 1° de mayo’. ‘Hiroshima terminó con los anarquistas’. Ninguno sabía qué había querido decir. Salvo Kruk. ‘¿Hiroshima? Mi papá habla de cosas que pasaron en esta tierra’, dijo. ‘En 1945, hasta la bomba, el mundo todavía estaba en guerra’. Muschietti parecía dominar la situación. ‘¿Qué guerra?’, preguntó Kruk. ‘La Segunda Guerra, la última’. Sonrisa sobradora de Teéme: ‘¿la última?’, mi papá dice que después hubo por lo menos cuatro más’. Ahí explotó Muschietti. ‘Se acabó el respeto. El señor Kruk se caga en el conocimiento que le brindamos generosamente’. Intervino Lamas, el de Historia. ‘Ningún colega menciona una Tercera Guerra Mundial. Paramos en la Segunda, como se para en Luis XVI’. Teéme no se entregó: ‘señor mi papá, deben ir por la Séptima Guerra’. Muschietti pegó una trompada en la pared. Le sangraban los nudillos. ‘Hay que clausurar el colegio’, dijo”.

Varios profesores llevaron a Muschietti a la rectoría. Criterio unánime. La actitud de Kruk era insolente, pero la amenaza de clausura tenía visos de irracional. “Existe un solo cabecilla. O un único subversivo: Kruk. Me hubiera gustado verlo hace 35 años”, denunció el jefe. “Hágalos marchar en el patio hasta el último timbre. Y cuidado con la ceremonia de arriar la bandera. Máxima disciplina. Por las dudas, que no se cante Aurora”, instruyó el rector. Cuando sonó el timbre de las 5, todas las divisiones alineadas, Muschietti consultó quién sería el abanderado. “Decida usted”, apuró el rector. Fue creciendo un clamor apagado, pero firme: “¡Teéme!”; “¡Teéme!”; “¡Basta de subversión! Al que abra la boca lo expulso”, bramó Muschietti. El rector hizo una seña y empezó a descender la bandera. El profesor, sudando como escúrido –culto a la metáfora zoológica–, recibió el paño en sus brazos. Ya en pleno desbande Muschietti se arrimó a Zinkiewicz. “Gracias, doctor. Si usted no copaba la situación...”, dijo. “No soy doctor”. “Todos dicen que es doctor en veterinaria”. “No es cierto. Y me joden los alcahuetes que inventan títulos”.

“Grabate lo que te voy a contar. Le vendí a Muschietti una versión retocada de tu historia familiar. Que

desmientas un par de datos que di me puede costar la cátedra. Punto básico: tu padre sufrió una lesión cerebral en un accidente automovilístico”, recomienda Zinkiewicz sentado frente a Kruk en un bar. “Pero yo me la paso hablando de mi viejo como modelo”. “Es común que uno niegue las debilidades de sus padres. Desde las secuelas de un accidente al Alzheimer. Aunque en 1939 no había nacido, a veces tu viejo dice ser veterano de guerra. Cada tanto llega a padecer los traumas típicos del hombre que luchó en el frente. Muschietti escuchaba desconcertado. Aumenté la presión. ‘Cuando hace un año usted le enchufó una suspensión, el padre consideró mancillado el honor de la familia. Se quitó el cinturón y le dio chico una terrible paliza. Pedazos de piel le arrancó. ¿Qué hizo Kruk, tan menudito? Se escondió en un lavarropas. Varias horas estuvo, como un feto que no quería nacer’. Me miraba vencido Muschietti. ‘Pobrecito’, dijo. Le corté el verso. ‘Después lloraron abrazados. El padre recordó que siendo partisano pudo salvar su vida oculto en un pozo ciego. Toda una noche dice que resistió. Anécdota violenta los dos habían tenido que esconderse. Tu viejo, entre la mierda. Vos, en el símbolo moderno de la limpieza. Lo puse contra las

cuerdas”, reconstruye Zinkiewicz. “Pero nada de eso es verdad”, insiste Kruk. “Me importa un carajo. Para que Muschietti te deje en paz había que improvisar. Ya vas a descubrir el supremo misterio del jazz”. “Decirle fascista, entonces, nunca más...”, descuenta Kruk. “Cómo que no... Ponécela cada vez que se te ocurra. Compró la fábula de tu viejo golpeador y vos desollado. Eso justifica todo lo que hagas. Si no se lo volvés a decir, va a desconfiar. ‘Quédate tranquilo, doctor’, dijo. Lo miré con desprecio. Quería tajarle el iris y taladrar hacia adentro. Pensaba si los sesos fascistas tendrían el mismo olor que los nuestros. ¿O servirían para rellenar canelones? Te reís, ¿eh? “Hasta mañana, profesor”, corrigió el cabrón. “Me da miedo tanta mentira. Siempre me voy a cruzar con un Muschietti. Pero lo tengo a mi viejo. Y no lo quiero presentar como un alterado mental. Sería negarlo”, blanquea Kruk. La mano de Andrés Zinkiewicz aprieta la de Teéme: “me jugué por vos, Tadeusz; no me falles”.

Kruk regresó al jueves al colegio. Lo estaba esperando Muschietti. Del visor de su memoria no se movía una escena de una película: con expresión angélica Albert Schweitzer acariciaba la piel, plagada de píustulas, de varios ancianos de Lamberén. Procurando darle a su rostro una expresión semejante trató de palmear al enemigo recuperado. Kruk retrocedió sólo lo preciso para eludir el contacto y no respondió al oír “bienvenido”. “¿Así que en Gdansk tu apellido se pronuncia Krak? Consulté en la embajada: Vinrey del Pino al 3100”, encaráo Muschietti. Kruk alzó la mirada. “Sé todo”, alardeó el censor. “Todo, no...”, arrancó Kruk, pero se detuvo. “Habla, entonces”. Los dos pensaron en la mediación. “Ese imbécil no le puede haber contado”, dudó Muschietti. “Mi viejo o Zinkiewicz. Y no querría elegir”, supo Tadeusz Milos Kruk mientras se desmoronaba la pausa de arena. “Siempre usó tiradores mi papá”, dijo, y se metió en su aula.